

UN CISMA SE COCINA A FUEGO LENTO

Tercera parte

Belorado: Una herida, una puerta abierta

H. Francisco Javier Sáez de Maturana

Hay historias que suceden en la Iglesia que alegran el alma y dan ganas de vivir. Igualmente, hay historias que suceden dentro de la Iglesia y que producen indignación y rechazo. Así mismo, hay historias que duelen y dejan un poso de profunda tristeza. ¿Por qué? Pues porque, en el caso de estas últimas, no solamente sacan a la luz un conflicto que estaba latente y no se quería, no se podía o no se sabía enfrentar. Además, muestran que detrás de esas historias hay personas, comunidades, vocaciones y muchos años de vida compartida en verdad -en bastantes de los casos- y no en apariencia o de manera mentirosa.

El caso de las clarisas del Monasterio de Santa Clara, también conocido como Monasterio de Nuestra Señora de Bretonera, en Belorado, es una de esas historias que, en mí, producen, más que nada, tristeza. Esta historia me duele especialmente porque una tía mía vivió feliz toda su vida como religiosa clarisa en el convento de Zarautz -hoy vendido al ayuntamiento para uso público-, y allí murió. Las paredes de piedra, los hábitos pardos y las monjas que aparecían tras la reja, acompañando a sor María Begoña, mi tía, los días en que íbamos de visita, en mi infancia y adolescencia, se hacen ahora más presentes en mi memoria.



LA NOTICIA SE EXTIENDE

El pueblo de Belorado, en la provincia española de Burgos, es conocido, entre otras cosas, por ser lugar de paso del Camino de Santiago, en su transitada ruta francesa.

Esta localidad llegó a ocupar un lugar especial en la memoria de muchos por la presencia de unas entrañables monjas clarisas, conocidas por el cariño y la dedicación con que elaboraban verdaderas maravillas de chocolate.

Sin embargo, algo sucedió el 13 de mayo de 2024. Un grupo de esas mismas clarisas volvió a poner en el mapa a Belorado, pero por un asunto mucho más triste: diez de las religiosas del convento -cuya comunidad la

conformaban dieciséis monjas-, hicieron público su abandono de la Iglesia católica, de la que formaban parte desde que fueron bautizadas en la más tierna infancia, y, por supuesto, rompían con la autoridad del Papa y de los obispos.

Explicaron que, como ellas, había muchos cientos de millones de católicos del mundo que habrían abandonado la recta fe, al ser guiados por falsos pontífices -a saber: Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I, Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco-. Pero ellas habrían “despertado” ahora a “la verdad”, constituyendo la Iglesia verdadera. Estaba claro: los 1.000 y pico millones de católicos del mundo estamos en el lugar equivocado.

Aquellas clarisas se situaron al lado de un supuesto obispo de porte decimonónico y mirada inquietante -por decirlo en tono suave y respetuoso-, que bien podría cambiar su atuendo por una sábana y el arrastrar de cadenas. O sea, un auténtico fantasma.

El anuncio de aquellas monjas, a través de teléfonos móviles de amigos, simpatizantes, creyentes y no creyentes, provocó una enorme repercusión mediática y abrió un conflicto serio.



RESUENA UNA PALABRA CASI OLVIDADA

De la noche a la mañana, sonó y pudo leerse en diversos medios una palabra que empezó a ocupar titulares y suscitó inquietud en muchas personas: cisma.

Aquella situación, vivida en la diócesis de Burgos, en torno a una comunidad de monjas contemplativas, hijas de San Francisco y Santa Clara, provocó sorpresa, preguntas y también

dolor en muchos ámbitos de la Iglesia y de la sociedad.

El desconcierto al saber del lugar de donde procedía aquel cisma era tremendo. Y entre muchos, fue abriéndose camino, como algo inevitable, una pregunta que merece ser acogida con serenidad y profundidad: ¿cómo se llegó a ese punto?

Desde Lima, seguí con interés lo que iba sucediendo, presentado en algunos medios como un culebrón por fascículos. Pude comprobar que la repercusión pública de los acontecimientos hizo que, muy pronto, el interés informativo se mezclara con un cierto espectáculo mediático. Internet se llenó de titulares llamativos, interpretaciones diversas. Todo ello contribuyó a presentar el caso como algo insólito o casi novelesco.

Sin embargo, detrás de todo lo que pueda resultar llamativo, extraño o incluso desconcertante, es importante no olvidar que hay personas, historias, heridas y, sobre todo, una realidad eclesial que merece ser mirada con respeto y con espíritu de verdad.

Por eso es importante no quedarse únicamente en lo anecdótico. ¿Se organizó en Belorado un circo? Yo no lo veo así, aunque los típicos burlones, que se ríen de todo lo que ignoran, quisieron verlo así. Conviene acercarse a esta realidad con prudencia, evitando tanto el sensacionalismo como los juicios apresurados.

UN ACERCAMIENTO SERENO

Creo que es bueno intentar ofrecer una mirada pastoral y cercana que ayude a comprender qué ha sucedido y, sobre todo, qué podemos aprender de ello como Iglesia.

Ahora, después de tanto ruido, y acogiendo una sugerencia del querido hermano Juanjo Zabalza, me ha parecido oportuno compartir las reflexiones que he venido haciendo, teniendo como base el material recopilado, sobre lo ocurrido en Belorado. Se trata de un simple acercamiento.

Lo que pasó, y cuyas consecuencias siguen ahí, no se borran. Lo que pasó, pasó. No pretendo sacar a la luz anécdotas chistosas, para

“rebajar la temperatura” y quitar importancia a las decisiones tomadas por unas personas, todas mayores de edad. Tampoco escribo para encender el fuego y luego quemar a quienes son declarados “culpables” del problema. Eso se lo dejo a los pirómanos que van prendiendo hogueras, al menos con la lengua, para arrojar en ellas a los que no comulgan con sus ideas políticas, religiosas o de cualquier índole. Se lo dejo a esos que hablan para insultar y mostrar desprecio a quienes no piensan y creen como ellos.

Tal vez estas páginas puedan ayudar a comprender lo que pasó, y, sobre todo, ojalá sirvan para que todos nos preguntemos qué puede enseñarnos Belorado. Porque la historia nacida allí suena a herida abierta y ruptura, pero también puede ser mirada como una historia de acogida y regreso, pues la puerta está abierta.

MUCHAS COSAS EN JUEGO

Con el paso del tiempo, el conflicto que surgió en el convento burgalés, ha tenido consecuencias personales, canónicas, patrimoniales y también judiciales.

En el origen de la decisión de las clarisas según se habló, estaría la “persecución” -según ellas- que comenzaron a sufrir por parte de las autoridades de la Orden de las Hermanas Pobres de Santa Clara y de la Iglesia. En su comunicado, se dejó entrever que, en el fondo, se encuentra la decisión de Roma de “bloquear” su solicitud para poder vender un convento que tienen en propiedad y que está vacío en Derio -Vizcaya-, y así hacer frente a la compra del Monasterio de Orduña, perteneciente a las clarisas de Vitoria y con las que tenían un acuerdo de compra-venta, en el las de Belorado aportaron cien mil euros y se comprometen a realizar pagos semestrales de setenta y cinco mil euros. El primer pago debía realizarse el 1 de noviembre de 2022, pero nunca se hizo.

A principios de marzo de 2024, la abadesa sor Isabel de la Trinidad, manifestó que tenía

un benefactor que pagaría el resto del dinero que faltaba y pondría a su nombre el Monasterio de Orduña; llegarían con él a un acuerdo de uso y luego este benefactor lo revendería a la comunidad de Belorado cuando las religiosas obtuvieran el importe procedente de la venta del Monasterio de Derio. En el comunicado, se indicaba que no se daría a conocer el nombre del benefactor.

La presidenta de la federación de clarisas de Arantzazu, sor Javier Soto, alertó al arzobispo de Burgos de lo que estaba pasando y de las sospechas que tenía de que algo se estaba cocinando, más allá de la compra-venta. A sor Javier algo le olía a cisma, pero no podía precisar, dado el hermetismo de las clarisas de Bretonera.

El arzobispo, a su vez, avisó a Roma. La Santa Sede tuvo una reacción rápida -no habitual generalmente, pues hay conflictos que se enquistan y ya no hay quien mueva nada- y abortó la operación de manera preventiva, precisamente para proteger los bienes de las monjas, ante las dudas sobre la identidad del comprador interpuesto. Esta irrupción del donante coincide con la aparición en escena de

la Pía Unión en la vida de las clarisas. ¿Era él el “benefactor”?

El 7 de mayo, la comunidad de Belorado es convocada por la comunidad de clarisas de Vitoria ante un notario para rescindir el contrato de compra-venta a

instancias de esta última comunidad. En la notaría, sor Isabel de la Trinidad, acompañada por otras dos religiosas, entrega un pliego reclamando un millón seiscientos mil euros como pago por el importe de las obras realizadas por su comunidad en el Monasterio de Orduña y un 30% por daños y perjuicios. Al no aceptar sor Isabel la rescisión del contrato lleva el asunto a instancias judiciales.

Dos comunidades de clarisas en litigios judiciales. ¡Qué triste! Dice San Pablo: “¡Y pensar que cuando ustedes tienen litigios, buscan como jueces a los que no son nadie para la Iglesia! Lo digo para avergonzarlos: ¡por lo visto, no hay entre ustedes ni siquiera un



hombre sensato, que sea capaz de servir de árbitro entre sus hermanos! ¡Un hermano pleitea con otro, y esto, delante de los que no creen! Ya está mal que haya litigios entre ustedes: ¿acaso no es preferible sufrir la injusticia o ser despojado?" (1 Cor 6,4-7). La ruptura doctrinal, los impagos y la negativa al diálogo impidieron una solución interna. ¡La vía fraterna entre las hijas del hermano Francisco y la hermana Clara no logra nada!

Poco tiempo después, sor Isabel de la Trinidad, proclamaba el cisma con sus hermanas más afines.

Además de la compra-venta y del extraño benefactor, se habla del cobro indebido durante más de dos años de la pensión de una monja fallecida y está en los juzgados la muy cuestionable venta de lingotes de oro por 130.000 euros; venta de piezas de arte...

CUANDO ALGUIEN SE AGARRA AL PODER

Sor Isabel de la Trinidad, con el respaldo de sus hermanas, estuvo al frente del claustro de Belorado durante doce años. Tras cumplir tres mandatos, en 2021 se pidió la postulación a Roma para un cuarto trienio. Se trataba de una prórroga especial que entonces fue abalada por el ya arzobispo de Burgos, Mario Iñesta, que ni por asomo imaginaba la deriva que vendría después.

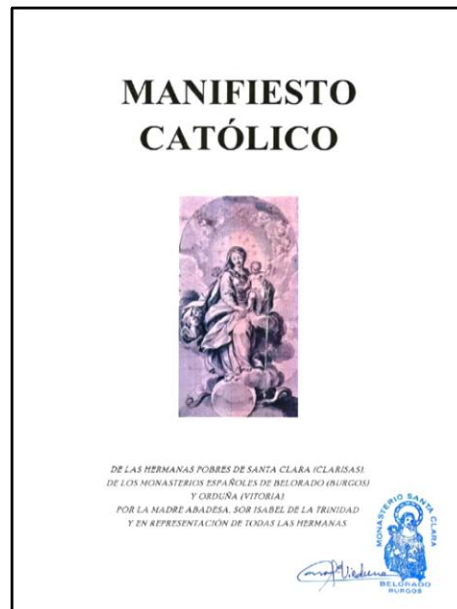
La labor al frente de la comunidad debió ser buena, un tiempo, pero se fue deteriorando. La compleja gestión de cualquier comunidad y sus propiedades exige trabajar con transparencia y en sinodalidad, tal y como se refleja en la reforma que auspició Francisco para los hombres y mujeres de la vida consagrada, pero no parece fácil aceptarlo en la realidad.

A sor Isabel de la Trinidad le dijeron que era imprescindible al frente del Monasterio, y ella se lo creyó. Ahí está el error. Nadie es imprescindible. Nadie. La Iglesia es sabia

Cuando el poder se concentra y se perpetúa en el tiempo, y se deja hacer -después, nadie ha visto nada-, "a vista y paciencia de todos", se cometen hechos de corrupción en la Iglesia y, más en concreto, en comunidades religiosas. La Iglesia es sabia respecto al manejo del

dinero y del poder, y pone tiempos para desempeñar un cargo. Lamentablemente, por diversas razones, hay quienes no lo acaban de entender. Alguien se agarra al poder, y a otros les conviene que siga..., y pasa lo que pasa.

UN EXTRAÑO MANIFIESTO CATÓLICO



En la primavera de 2024, poco tiempo después de las movidas inmobiliarias, sale a la luz lo que sor Javier Soto sospechaba. La abadesa, sor Isabel de la Trinidad, en nombre de un grupo de religiosas de la comunidad de clarisas de los Monasterios de Belorado, en Burgos, y Orduña, en Vizcaya, hizo pública una declaración en la que anunciaba su separación de la Iglesia católica. El cisma se consumaba.

Quedaban al margen del documento las cinco religiosas ancianas. Y también sor María Amparo, la monja que había sido la portera del convento, que se negó a someterse a la "jurisdicción" de dos hombres que se presentaban como un obispo y un cura sedevacantistas, que resultaron ser tan falsos que acabaron siendo expulsados del convento, como veremos.

En esa declaración se habla de la firma del "Manifiesto Católico", un documento de setenta páginas. ¿Qué contiene?

El "Manifiesto Católico" reproduce las principales ideas del llamado "Posicionamiento

teológico” de la secta “Pía Unión de San Pablo Apóstol”.

En el documento se defiende la idea de que Pío XII ha sido el último Papa legítimo y tras su muerte “la sede de san Pedro está vacante y usurpada”. Se declaran, pues, “sedevacantistas”.

Según este manifiesto, la Iglesia católica es la cismática y ha traicionado a Cristo. El Concilio Vaticano II es, un acto herético y la Iglesia posterior, ilegítima. Los obispos y sacerdotes son una suerte de “herejes, ladrones, pérfidos y blasfemos”. Entre otras afirmaciones, sostiene que “Ratzinger era un grandísimo hereje con pátina de conservador” y al Papa Francisco lo llama “Sr. Bergoglio”, “que no es obispo, ni siquiera sacerdote”.

El Manifiesto, que firma tan sólo la ex abadesa “en mi nombre y en el de todas las hermanas de los dos Monasterios sitos en Belorado y Orduña”, afirma rotundamente que no obedecerán a quienes ellas consideran herejes y hace una confusa invitación a todas las personas que “quieran salvarse” a que dejen la Iglesia o “secta del conciliábulo”.

Nos encontramos ante la adhesión de una serie de personas a una secta cismática ya constituida.

Pero, en pocos días, lo que parecía únicamente una insurgencia teológica o ideológica con una deriva nostálgica, dejaba al descubierto una jugada para salir al quite de los números rojos que arrastraba la lideresa del grupo y que la había llevado a programar la conocida operación de compraventa en la que estaban involucrados otros dos conventos. ¿Sabía la comunidad aquel tejemaneje de corte mafioso? Alguna lo sabía -los secretos de siempre- pero la comunidad no lo sabía. De todos modos, tarde o temprano tenía que descubrirse. Una vecina de Belorado, que acudía todas las tardes a la misa en el convento, recuerda que hace unos años “alguna monja, que ya no está en Belorado, estuvo en el Arzobispado, denunciando que las cosas no estaban como

debían estar, pero no la hicieron ni caso”. Pasa con lamentable frecuencia esto mismo.

En apenas unos días el Papa Francisco apartaba a la abadesa de sus funciones y designaba como comisario al arzobispo de Burgos, Mons. Iceta, que ponía en marcha un equipo, no solo para administrar los bienes, sino para hacer frente al periplo en los juzgados y a los constantes envites que el grupo rebelde capitaneó. Iceta fue además el faro para la Federación de Clarisas de Arántzazu, la plataforma que aglutina a unas cuarenta comunidades de clarisas del norte de España, y que son las responsables últimas de Belorado.

¿RECAPACITÓ LA ABADESA DEFENESTRADA?

La abadesa, lejos de recapacitar, se metió en un callejón sin salida, poniendo a sus hermanas en manos de otro obispo cismático “fake”, esta vez brasileño -del que conoceremos detalles enseguida-, y de una serie de pillos de novela.



Con este panorama, el histrionismo que se apoderó de las clarisas cismáticas las llevó a buscar ingresos y eco mediático. Comenzaron a vender casullas a través de “Wallapop”, hicieron una campaña de apadrinamiento de gallinas, adquirieron

un carrito de golf para recoger las verduras y frutas del huerto y, un tiempo después, se lanzaron a abrir un restaurante en un hostel rural de Arriendas, con la fabada cismática como plato estrella.

Buscaron también volver a convertirse en las estrellas de Madrid Fusion, el certamen gastronómico más importante de España, intentando emular el protagonismo que lograron en dos convocatorias previas gracias a las trufas de cava y al bombón de mojito. Pero la organización no las admitió. ¿Estaban dispuestos los dirigentes del festival a arriesgar su imagen con la presencia de aquellas monjas? De ninguna manera: con la movida de las

monjas, aquel chocolate, embriagado de acidez cismática, podría hacerles perder mucho.

Dentro de ese intento por alcanzar minutos de televisión, también trataron de hacer creer que en el convento de Derio se volvían a producir sucesos paranormales, cuando años antes los auditores diocesanos ya habían descartado cualquier “presencia demoniaca”.

El grupo inicial de las diez firmantes del Manifiesto, se fue diluyendo. Por diversas razones se han separado tres, y, en el momento que escribo estas páginas, quedan siete. De ellas, algunas exmonjas se han mudado temporalmente a una casa en La Puebla de Montalbán -Toledo-, que pertenece a los familiares de una de ellas. Mientras, las otras se moverán entre los dos conventos sobre los que también hay una demanda de desahucio. Todas ellas están a la espera de juicio según el juzgado número 5 de Bilbao detalla en un auto, la falta de atención higiénica y sanitaria a las mayores, coacciones, además de recoger testimonios de “humillaciones, castigos, vejaciones y anuncios de represalias”. Son también acusadas de delitos contra el patrimonio.

PERSONAJES DE COMEDIA

Sabemos que todo cisma se cocina a fuego lento, y este también, como lo vamos viendo. La situación creada por este grupo de clarisas no surgió de la nada. Existían dificultades anteriores relacionadas con cuestiones patrimoniales y económicas y con las relaciones entre la comunidad y sus responsables eclesiales. Pero aquellas dificultades terminaron desembocando en una decisión mucho más grave: la ruptura de la comunión eclesial.

En todo este proceso aparecieron también personas vinculadas a ambientes tradicionalistas y sedevacantistas. En primer lugar, tenemos a Pablo de Rojas, fundador de la llamada Pía Unión de San Pablo Apóstol, con gran influencia en el proceso de Belorado.

Este hombre, nació en 1981, en el seno de una familia de Linares -Jaén- dedicada a la

orfebrería y a la compra y venta de inmuebles, que tuvo cierta relevancia en el franquismo. Formado en un colegio del Opus Dei acudía a una parroquia en la que se seguía la liturgia tridentina introduciéndose entonces en círculos lefebvrianos.

Tras su paso por el seminario de Cuenca iría a la Universidad de Navarra y recalaría en un grupo tradicionalista alemán. Todos los responsables de los grupos a los que se adhirió, tarde o temprano acabarían excomulgados.

De Rojas es -en declaraciones del experto L. Santamaría- “un personaje megalomaniaco con delirios de grandeza, que aún lo eclesiástico y lo nobiliario, que se pasea por Bilbao con ornamentos episcopales propios de otra época y que, en este caso, todo parece indicar

que se ha aprovechado de una situación de vulnerabilidad de una comunidad de religiosas para presentarse ante las clarisas como el salvador de la propia comunidad y de la Iglesia católica entera”.

Según señala Santamaría, el mismo De Rojas “asegura haber sido ordenado presbítero y obispo entre los años 2005 y 2006 por el antiguo jesuita Derek Schell (consagrado obispo en el Palmar de Troya en 1976)”. Aunque en su

biografía asegura no tener nada que ver con esta secta ni con otras. De todos modos, como dice el experto, “podemos compararlo con el Palmar de Troya, con el que está emparentado espiritualmente, y esta secta logró recaudar millones de pesetas en su momento y tener un patrimonio ingente”.

Explica Santamaría que en su organización -la Pía Unión de San Pablo Apóstol- rigen “los estatutos dados por monseñor Escrivá de Balaguer a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y al Opus Dei”, pero no los oficiales, sino los elaborados antes de que fueran reconocidos oficialmente por san Juan Pablo II.

Pablo de Rojas es un hombre que desde su página web hace alarde de riquezas y oropeles. Las sucesivas investigaciones van mostrando la realidad que se oculta tras una farsa de declaraciones pomposas y autobiografías inventadas.



Este falso obispo tiene rasgos narcisistas e incluso paranoides de la personalidad, que son de libro, viendo cómo le gustan las fotografías y cómo se presenta con todos esos títulos tanto eclesiásticos como de nobleza.

A juicio del experto, De Rojas fue quien “vendió” a la comunidad de clarisas la teoría de la conspiración que afirma que en el Vaticano no hay Papa desde Pío XII, que la evolución de la Iglesia católica, desde ese Papa, “es satánica” y que él es el único garante de la Iglesia tradicional y de la fe católica.

De Rojas es de la línea del obispo cismático vietnamita Ngô Đình Thục, hermano del que fuera presidente del país asiático, Pierre Martin Ngô Đình Thục, y responsable también de las ordenaciones fraudulentas en el Palmar de Troya.

En sus redes sociales, el falso obispo, predicó contra la vacuna del Covid-19, se ha referido siempre a Franco como “nuestro invicto caudillo”, considera rey legítimo de España a Sixto Enrique de Borbón-Parma -pretendiente carlista- y hasta se pueden encontrar mensajes de tono antisemita.

De Rojas apareció con Francisco José Ceacero, ambos de la misma localidad jienense. Este último, supuesto cura, ha estado ligado al mundo de la restauración y de la coctelería, ganando importantes concursos como barman. Pero hace unos años dejó esa vida para ser el número dos de Pablo de Rojas, y, al llegar a Belorado, hizo de portavoz de las clarisas unos meses. Pablo de Rojas y Francisco José Ceacero se conocieron cuando ambos eran niños, los dos compartían su interés por la religión.

Otro personaje presente en Belorado es el brasileño Rodrigo Henrique Ribeiro da Silva, conocido como Rodrigo da Silva, nació el 18 de febrero de 1991 en Recife-Pernambuco y se puede decir que lleva el más rancio tradicionalismo en la sangre, inoculado desde muy

pronto y “acrisolado” por el polémico obispo lefebvriano Richard Williamson, excomulgado en los años 80, rehabilitado por Benedicto XVI y finalmente expulsado hasta por los lefebvrianos. Williamson ordenó a Da Silva, pero luego el primero renegó del segundo por sus ideas sedevacantistas. El fin del seguidor de Lefebvre -negacionista del Holocausto- ya lo conocemos.

“DIOS LOS CRÍA Y ELLOS SE JUNTAN”

Este dicho popular es muchísimas veces verdad. Es lo que sucedió así con Da Silva. El brasileño encontró pronto un nuevo “padre”, esta vez en la figura de otro obispo sedevacantista que, al igual que él, consideraba “la única po-

sición aceptable en el contexto de la apostasía post-Vaticano II”. Es así como fue “ordenado” obispo por Daniel Dolan en 2021, en Ohio -EEUU-, quien a su vez había sido ordenado sacerdote por el arzobispo Marcel Le-

febvre el 29 de junio de 1976, y consagrado obispo por el obispo Mark Pivarunas -superior general de la sedevacantista Congregación de María Reina Inmaculada- el 30 de noviembre de 1993.

Da Silva y Dolan se habían encontrado en Argentina, donde el sedevacantista brasileño le presentó a algunos candidatos al sacerdocio y a la vida religiosa que comulgaban con las mismas ideas cismáticas. Se estaba incubando la creación de un seminario ultraconservador y Dolan propuso la erección de un centro en Brasil: el Seminario San José, del que Da Silva es rector, forma parte de la llamada Sociedad de San José, también constituida por la Sociedad Sacerdotal de San José y el Convento de las Oblatas de la Sociedad de San José.

Este falso obispo llegó acompañado de Jesús Casas Silva, un sacerdote argentino, también



sedevacantista, experto en mate, y durante un tiempo juez de boxeo.

OTRO SEDEVACANTISTA

Después de todos ellos se hizo presente en la escena el falso obispo Rafael Cloquell. Como todos los anteriores, fue ordenado de manera ilícita a ojos de la Santa Sede, es sedevacantista y tachó al Papa Francisco de “hereje”. Llegó a Belorado, como él mismo dijo, a cubrir las necesidades espirituales de las ex monjas “de forma temporal”.

¿Quién es Rafael Cloquell? De origen valenciano, tiene 69 años y fue ordenado sacerdote de la llamada Iglesia Católica Latina Tradicional, esto es, otro grupo considerado una secta por la Santa Sede el 5 de julio de 1987 en Toulouse, de manos de Jean Laborie, un tradicionalista y negacionista del Concilio Vaticano II. Cloquell habría desarrollado su labor fundamentalmente en Alemania.

“Mi formación fue siempre huir de la deformación”, explica sobre su trayectoria este hombre que sostiene que con 14 años entró en un seminario del este de España. En Suiza conoció, según su relato, a Marcel Lefebvre, fundador de la FSSPX, grupo conservador que sí reconoce la figura del Papa. Cloquell señaló: “Estoy muy agradecido a Lefebvre, aunque no esté de acuerdo sobre la cuestión del Papa”.

Al parecer, Cloquell habría sido consagrado por el eslovaco Oliver Oravec, perteneciente a la misma rama sedevacantista del arzobispo vietnamita excomulgado Pierre Martin Ngô Đình Thục.

“Soy amigo de la comunidad, hago todo lo que haga falta por ellas, porque ellas buscan al Señor de verdad y están atacadas injustamente, vengo a sustituir y ayudar”, aseguró el falso obispo al llegar a Belorado.

UNA MUJER CON CARÁCTER

Detrás de los titulares, de las imágenes de los medios de comunicación y de las polémicas que durante estos últimos años han rodeado

al Monasterio hay mujeres con una historia, con una vocación, con ilusiones, decisiones, aciertos y errores. Mujeres que, en distintos momentos de su vida, sintieron la llamada a seguir a Jesucristo desde la vida consagrada y que un día dejaron muchas cosas para entrar en un Monasterio.

La historia de las clarisas de Belorado nos invita, por encima de cualquier valoración jurídica, canónica o mediática, a mirar con ojos humanos y cristianos. Tal vez podemos preguntarnos qué ha sucedido en el corazón de esas personas, qué heridas pueden existir, qué decisiones profundas las han llevado hasta allí y, sobre todo, cómo puede la Iglesia, que es Madre, acompañarlas en medio de sus dificultades. Conozcamos a algunas de ellas.



Entre estas mujeres se encuentra Laura García de Viedma Serrano, sor Isabel de la Trinidad. Nacida en Aranda de Duero el día 9 de diciembre de 1965, justo un día después de que finalizara el Concilio Vaticano II. Abandonó los estudios de Derecho para ingresar en la vida religiosa en el convento de las clarisas de Lerma. Luego pasó a Belorado. Durante cuarenta años ha estado vinculada a la orden de las clarisas.

Su trayectoria muestra que detrás de una decisión vocacional hay toda una vida de entrega, de convivencia comunitaria y de búsqueda de Dios. Los acontecimientos posteriores cambiaron radicalmente el rumbo de aquella historia y terminaron con su salida obligatoria del Monasterio en marzo de 2026. En esas cuatro décadas, ha ido forjando un carácter autoritario, dogmático y muy reservado. Algunas de las personas que la han conocido bien, aun valorando su entrega, afirman que “busca imponerse en las conversaciones y le gusta controlarlo todo”.

Dicen que “trabaja mucho por la noche”. El tiempo después de completas, la oración en comunidad antes del descanso nocturno, ha sido muy productivo para ella. Lo era antes del cisma y lo siguió siendo después. Muestra de ello es que fue a las cinco de la mañana cuando envió por whatsapp su decisión de abandonar la Iglesia, y también de madrugada fue enviando los correos al arzobispado, cuando pidió una prórroga en el proceso de excomunión o para reclamar el pago de facturas.

Luis Santamaría señala que ha sido capaz de “arrastrar a sus hermanas mediante un discurso irracional lleno de contradicciones... con una autoridad capaz de manipular y generar fanatismo”. El mismo experto la describe como alguien que se ha “erigido como una nueva salvadora de la Iglesia”, presentándose como la verdadera garante de la continuidad de la Iglesia Católica “de toda la vida”, como una “papisa”, frente a una “Iglesia conciliar” que habría abandonado la tradición.

DOS MUJER CON VIDAS PARALELAS

Junto a sor Isabel hay otra monja, con la que recorrió parte de su camino en la vida religiosa: es sor Verónica -María José Berzosa-.

Las historias de estas dos mujeres presentan un paralelismo muy significativo: son burgalesas, nacieron el mismo año, ingresaron a la vida religiosa prácticamente al mismo tiempo y comenzaron juntas su formación en el Monasterio de las clarisas de Lerma, cuando apenas tenían 19 años.

Las dos dejaron atrás sus estudios: sor Isabel la carrera de Derecho; sor Verónica la de Medicina. Ambas sintieron en su juventud que el Señor las llamaba a la misma vida contemplativa. Compartieron el noviciado, los primeros años de formación y muchas experiencias propias de una comunidad religiosa. Comenzaron, por tanto, desde un punto de partida muy semejante.



Sin embargo, después de su profesión religiosa, sus caminos comenzaron a tomar direcciones diferentes. Sor Verónica asumió la responsabilidad de formar a las nuevas vocaciones como maestra de novicias. Poco a poco fue desarrollando una manera de vivir la vida contemplativa que buscaba responder a las necesidades de la Iglesia y de las nuevas generaciones. Con el tiempo, la comunidad de Lerma experimentó un notable crecimiento vocacional.

Sor Isabel, por su parte, permaneció más vinculada a una interpretación tradicional de la regla de santa Clara y a una concepción más estricta de la vida contemplativa. En 2004 dejó Lerma y se trasladó a Belorado junto con otras religiosas, con el deseo de ayudar a una comunidad que atravesaba dificultades y estaba formada en buena parte por religiosas de edad avanzada. Se convertía así, de alguna manera, en refundadora. Allí comenzó una nueva etapa de su vida, que posteriormente la llevaría a ser maestra de novicias y, en 2012, abadesa.

Es significativo que ambas, partiendo prácticamente de la misma experiencia, terminaran representando dos maneras diferentes de entender la vida religiosa. Sor Verónica orientó su camino hacia una renovación de la vida contemplativa y terminó fundando *Iesu Communio*, una nueva realidad religiosa que llegó a reunir numerosas vocaciones. Es el Instituto de vida consagrada con más tirón de cuantos han nacido en las últimas décadas en España.

Sor Isabel permaneció más apegada a la tradición y a la observancia de la regla de santa Clara. Sus dotes de mando emergentes la acababan convirtiendo en abadesa de Belorado, y luego separada del Monasterio, porque ella se había separado antes.

El proyecto de sor Verónica se forjó bajo el mismo techo con sor Isabel como testigo, que no cómplice.

También resulta llamativo el paralelismo en sus responsabilidades. Las dos fueron formadoras de jóvenes religiosas y posteriormente

ejercieron como responsables de sus comunidades. Las dos tuvieron autoridad y reconocimiento dentro de sus respectivos Monasterios. Pero mientras una fue viendo cómo su proyecto se consolidaba y crecía, la otra tuvo que afrontar con el paso de los años el momento inevitable de dejar el servicio de abadesa.

Aquí aparece uno de los puntos más delicados de esta historia. Sor Isabel llevaba doce años como abadesa y, según las normas de la comunidad, debía finalizar su servicio y dar paso a una nueva elección. Cosa normal en la vida religiosa: quien ha ejercido una responsabilidad debe saber también entregarla cuando llega el momento y no hacer daño pretendiendo perpetuarse. No siempre es fácil, pero forma parte de la lógica evangélica del servicio.

La vida consagrada no se fundamenta en el poder, en el cargo o en el reconocimiento personal, sino en la entrega a Jesús. La autoridad dentro de una comunidad religiosa tiene sentido únicamente como servicio. Por eso, tanto ejercer un cargo como dejarlo pueden convertirse en una verdadera experiencia de humildad y de fidelidad a la propia vocación. Vivirlo con alegría muestra la verdad de la persona.

El paralelismo entre sor Isabel y sor Verónica también nos invita a pensar que dos personas pueden comenzar prácticamente el mismo camino y, sin embargo, responder de manera diferente a las circunstancias de la vida. Las experiencias, las decisiones, las responsabilidades y también las dificultades van configurando caminos distintos. Lo importante es discernir siempre si nuestras decisiones nos acercan o nos alejan de la comunión, de la humildad y del Evangelio.

La historia de ambas, muestra, además, que la vida religiosa no está libre de las mismas luchas humanas que encontramos en cualquier comunidad: deseos, expectativas, diferencias de criterio, necesidad de reconocimiento, dificultades para aceptar los cambios y momentos de incertidumbre. Precisamente por eso, la vida comunitaria necesita continuamente oración, diálogo, verdad y capacidad de perdón, cambios y mucha transparencia.

En el caso de Belorado, las cosas derivaron en un dramático alejamiento del espíritu de comunión que debería caracterizar a una comunidad religiosa.

Frente a esta realidad, la comparación entre sor Isabel y sor Verónica puede ayudarnos a mirar la historia no solamente desde la polémica, sino también desde una perspectiva espiritual. Dos jóvenes que un día entraron juntas en un Monasterio, con ilusiones y deseos de servir a Dios, terminaron recorriendo caminos muy diferentes. Una llegó a ser fundadora de una nueva realidad religiosa; la otra ejerció durante años el servicio de abadesa y posteriormente quedó en el centro de un conflicto que terminó provocando una ruptura.



Este paralelismo nos recuerda que la vocación es un camino que necesita ser cuidado cada día. No basta con haber comenzado bien. También es necesario saber aceptar los cambios, reconocer los propios límites, escuchar a los demás y dejar que Dios siga guiando nuestra vida incluso cuando las circunstancias no coinciden con nuestros deseos.

Perseverancia y fidelidad no son lo mismo. La verdadera fidelidad a una vocación no consiste en seguir en donde estoy, defendiendo aquello que creo correcto, sino también en mirar a Jesús, mantener la comunión, buscar la verdad con humildad y aceptar que somos parte de una comunidad en la que todos estamos llamados a caminar juntos. La autoridad, los cargos, los proyectos personales e incluso nuestras propias convicciones deben estar siempre al servicio de algo más grande: Jesús y su Evangelio, según el carisma propio de la Orden o Instituto.

Por eso, la historia paralela de sor Isabel y sor Verónica puede dejarnos una pregunta: ¿qué sucede cuando dos personas que comenzaron juntas, con una misma ilusión y una misma entrega, terminan interpretando de manera tan diferente el camino que deben seguir?

Tal vez la respuesta esté en recordar que toda vocación necesita discernimiento. Nadie está por encima de la comunidad, de la Iglesia o de la necesidad de escuchar. Y cuando aparecen conflictos, el camino cristiano siempre invita a buscar la verdad sin perder la caridad, defender las propias convicciones sin romper la comunión y, sobre todo, poner la voluntad de Dios por encima de los propios intereses.

Los intereses personales se cuelan entre razones piadosas y señuelos de servicio. El ego y el narcisismo pueden cegarnos. Más humildad, más verdad, más honradez... más Evangelio.

UNA NOTORIEDAD NO DESEADA

Entre las exclarisas también está María Roser Mas Sellés, sor Berit. Su camino hacia la vida contemplativa fue distinto. Había pertenecido anteriormente a una congregación religiosa de la enseñanza y, en una etapa más madura de su vida, se acercó al carisma de las clarisas. Profesó solemnemente en la Orden. Su historia nos recuerda que las vocaciones no siempre siguen caminos rectos ni previsibles. Dios puede llamar en diferentes momentos y circunstancias de la vida.

La notoriedad pública que adquirió posteriormente contrasta fuertemente con la discreción propia de una mujer que había elegido la clausura. La exposición mediática, las tensiones y los enfrentamientos terminaron convirtiéndola en un rostro conocido por muchas personas que probablemente nunca habían oído hablar de ella antes. Y aquí aparece una pregunta pastoral importante: ¿qué sucede cuando una persona consagrada deja de ser contemplada como persona y comienza a convertirse únicamente en personaje?



Susana Mateo Cruz, sor María Sión de la Trinidad, ofrece también una historia particular. Licenciada en Farmacia, tenía una experiencia profesional antes de optar por la vida religiosa. Quienes la conocieron en su entorno parroquial recuerdan además la implicación de su familia en la vida de la comunidad y en iniciativas solidarias de Cáritas. Estos datos son importantes porque nos ayudan a descubrir que una religiosa no aparece de repente en un Monasterio: procede de una familia, de una parroquia, de unos estudios, de un trabajo y de unas relaciones concretas. Siempre sonriente, ha sido considerada como “la instagrammer del grupo”, por su habilidad con las redes sociales.

Susana es una persona que no puede quedar definida únicamente por una decisión equivocada, por una controversia o por una situación judicial. En cada ser humano existe una historia mucho más grande que el acontecimiento que ocupa las portadas.

Algo semejante podemos decir de Sandra del Río Domínguez, sor Alma. Estudió Teología y se acercó progresivamente a la vida monástica antes de ingresar en el Monasterio. Su historia refleja una búsqueda espiritual que, en un determinado momento, la llevó a entregar su vida a la contemplación. También Isabel Berta Jiménez Moratilla, sor Israel, o sor Paloma, que llegaron jóvenes al Monasterio y realizaron allí su profesión solemne. En todos los casos encontramos mujeres que creyeron que aquella era la forma concreta en la que Dios las llamaba a vivir.

Y también tenemos presente a Zaida Pinar, sor Myriam, la cocinera del grupo que se ha hecho cargo del restaurante Santa María de Chicú de Arriendas que las clarisas excomulgadas abrieron en la localidad asturiana en marzo de 2025 dentro de su huida hacia adelante para conseguir fondos con los que subsistir.

Además, no podemos olvidar a sor Paz -quien ejercía como vicaria y abandonó el Monasterio

en el verano de 2024- y sor Adriana -que abandonó el Monasterio en octubre del mismo año-, de quienes hablaremos después.

Estas monjas, y otras, debieron abandonar el Monasterio de Belorado. Y hay un detalle que resulta especialmente significativo: antes de abandonar definitivamente el Monasterio, Laura García de Viedma -sor Isabel- apagó la última vela que permanecía encendida en el altar. Más allá de las interpretaciones que pueda suscitar este gesto, no deja de ser una imagen cargada de simbolismo. Una vela encendida representa la presencia, la esperanza y la fe que permanece incluso cuando todo parece terminar. Quizá aquel último gesto pueda ayudarnos a recordar que ninguna historia humana se reduce a su capítulo final.

Tal vez la imagen de aquella vela apagándose en la madrugada pueda convertirse en una llamada para todos nosotros. Hay momentos en que parece que una etapa termina, que las puertas se cierran y que ya no queda nada por hacer. Sin embargo, para Dios ninguna historia está definitivamente cerrada. La luz puede volver a encenderse.

Las mujeres que un día fueron religiosas de Belorado tienen nombres, rostros, familias y una historia espiritual que merece ser contemplada con respeto. Podemos no compartir sus decisiones. Son equivocadas determinadas actuaciones suyas. Es preciso reconocer el dolor causado por la ruptura. Pero, como cristianos, estamos llamados a algo más profundo: a no dejar de mirar a cada persona con misericordia.

UN PASTOR: MONSEÑOR ICETA

La decisión de las religiosas de anunciar su salida de la Iglesia católica, cuestionar la legitimidad del Papa Francisco y ponerse bajo la tutela de Pablo de Rojas, el falso obispo excomulgado, provocó en el arzobispo una reacción inicial de perplejidad, estupor y tristeza, acompañada, sin embargo, de la voluntad de mantener abierta la posibilidad del diálogo.

Iceta subrayó rápidamente la gravedad de las declaraciones de la abadesa, especialmente al calificar al Papa de “usurpador” y afirmar que no había habido un pontífice válido desde Pío XII. Para el pastor, estas afirmaciones no representan una simple discrepancia, sino una ruptura profunda con la comunión eclesial. Le resultó especialmente doloroso porque consideraba irreconocible ese discurso en unas religiosas vinculadas hasta entonces a la vida contemplativa y a la tradición católica.

A pesar de la gravedad del conflicto, la primera preocupación de Iceta fue comprender qué había sucedido. Según pudo él mismo saber, el proceso llevaba aproximadamente un año gestándose y ni los sacerdotes ni las estructuras eclesiales que acompañaban habitualmente al Monasterio habían detectado su verdadera dimensión.



Su actitud en la crisis cismática ha combinado en todo momento firmeza doctrinal y prudencia pastoral. Desde el principio manifestó su deseo de encontrarse con las monjas y “tender puentes”. Fue comedida y dialogante. Prorrogó los

plazos; habló de misericordia y la aplicó. Restó importancia a los insultos que le profirieron Ceacero, Rojas y alguna exclarisa, y perdonó.

Una preocupación especial fueron las religiosas mayores, algunas de ellas con posibles limitaciones cognitivas. Se preguntó qué significaría para mujeres que han pasado décadas en un Monasterio católico terminar su vida fuera de la Iglesia a la que pertenecieron. Esta dimensión humana ocupó un lugar importante en su valoración del conflicto.

Monseñor Iceta no se quedó ahí. El caso le llevó a realizar una autocrítica institucional. Fue así como reconoció deficiencias reales en el acompañamiento de los Monasterios, relacionadas con la escasez de religiosas, la sobrecarga de los capellanes y la menor frecuencia de las visitas. Iceta podría haber cargado contra las monjas cismáticas o contra los personajes que se fueron colocando alrededor de ellas -como hacen algunos de forma

sistemática cuando llueven las críticas- pero ha sido honesto; poco a poco, ante la situación creada en Belorado, ha visto la necesidad serena, pero urgente, de revisar cómo la Iglesia cuida y supervisa sus comunidades contemplativas.

Pasado el primer impacto, Iceta afrontó el conflicto dentro del marco canónico, en coordinación con los obispos de Vitoria y Bilbao y con información permanente a la Santa Sede.

LLEGÓ LA EXCOMUNIÓN

Lo no deseado, llegó. La excomunión, que fue apareciendo como una posibilidad real si las religiosas persistían en su posición, tuvo que darse, pero manteniendo abierta la posibilidad del arrepentimiento, el perdón y la reconciliación.

El arzobispo de Burgos, el 22 de junio de 2024, decretó la excomunión de las diez clarisas de Belorado.

A través de un comunicado, el Arzobispado explicó que la declaración de “separación voluntaria” realizada por las diez clarisas llevó a Iceta, como comisario pontificio y representante legal de los Monasterios de Belorado, Orduña y Derio, a comunicar “el decreto de declaración de excomunión y la declaración de dimisión (expulsión) ipso facto de la vida consagrada a todas y cada una de las diez hermanas que han incurrido en cisma”.

El comunicado del Arzobispado negó que el convento se fuera a cerrar en tanto que sí que existiría una comunidad monástica ‘auténtica’ que estaría “formada por las hermanas que no han incurrido en excomunión, al no haber secundado el cisma”. Se trataría de las cinco hermanas mayores y otras tres hermanas que, aunque en este momento no se encontraban en el Monasterio, pertenecían a la comunidad al estar incardinadas en ella. Entre ellas, se incluye, sor María Amparo, que huyó tras negarse a ponerse bajo el amparo del falso obispo excomulgado Pablo de Rojas y la llamada Pía Unión San Pablo Apóstol.

En la nota del equipo de Mario Iceta, se explicitó que fueron las hermanas quienes “han mostrado su decisión libre y personal de abandonar la Iglesia Católica”. A la par, se dejó la puerta abierta a que las monjas discolas regresen, al estilo del “hijo pródigo”: “Es una acción jurídica considerada por la Iglesia como una medida medicinal, que mueva a la reflexión y a la conversión personal”.

DISCREPAR NO ES ROMPER

El cisma de Belorado no fue simplemente una discusión entre unas religiosas y su obispo. Se produjo una ruptura con la Iglesia y con su autoridad legítima. Por eso la cuestión adquirió una dimensión canónica y eclesial mucho más profunda.



Una cosa es discrepar y otra romper: Conviene hacer esta distinción porque es fundamental.

En la Iglesia se puede discrepar, y es muy sano hacerlo con argumentos sólidos, no hablar por hablar. Se puede criticar a un

obispo. Se pueden cuestionar determinadas decisiones pastorales. Se pueden tener preferencias litúrgicas diferentes o sentir una especial cercanía hacia determinadas formas de espiritualidad. Claro que sí.

La Iglesia no exige que todos pensemos exactamente igual. Pero existe un límite: la comunión. Con la comunión no se juega ni puede ser objeto de negociaciones. La ruptura de la comunión -evidente en casos que claman al cielo- es intolerable.

En la Iglesia católica yo no elijo a “mi Papa”; tampoco elijo el Concilio que más me gusta. En la Iglesia católica no elijo lo que se ajusta más a mi satisfacción personal o a mi “convencimiento” -este término lo usan algunos para justificar el hacer lo que les da la gana. La Iglesia es una comunidad que recibe una fe y camina unida en torno a Cristo, en comunión con el sucesor de Pedro y con los obispos.

NO TODO PUEDE VALER

Quienes dijeron que habían abandonado la Iglesia debían asumir las consecuencias de lo que eso implicaba para con su Monasterio, y no podían pretender seguir habitando en un lugar que pertenece a esa Iglesia de la que se han separado. En esta ocasión es fácil recordar dichos populares como el que dice que “no se puede nadar y guardar la ropa” o “no se puede tomar sopas y sorber” o “no se puede estar al plato y a la tajada”. Si se opta por algo, se asumen las renunciaciones que cualquier elección lleva implícita. Lo demás es infantilismo puro y duro. Y sea da frecuentemente en la Iglesia.

En la historia de las clarisas de Belorado, tan mediática y expuesta, hubo quien decidió no permanecer con quienes durante mucho tiempo habían sido “su gente”, con quienes había compartido mucho más que techo a lo largo de los años. Algunas mujeres asumieron, sin duda con dolor y dificultad, que hay precios que no estaban dispuestas a pagar.

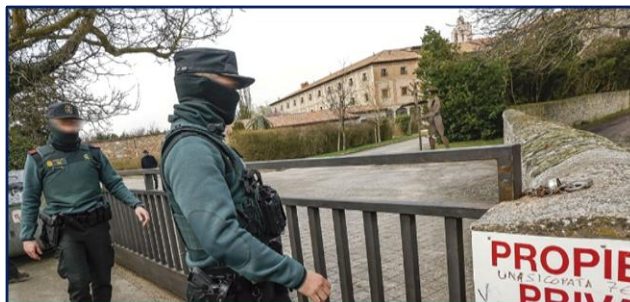
Los vínculos humanos y creyentes, la necesidad de pertenencia, de ser queridos y acogidos que todos albergamos no pueden prevalecer a cualquier precio, menos cuando está en juego nuestras verdades más profundas, nuestra esencia personal, las convicciones que nos sostienen y nos hacen ser. No se puede vivir eternamente “comulgando ruedas de molino”.

Las dos posturas que acabo de mencionar, en el fondo, nos retratan a todos nosotros que, antes o después, tenemos que asumir el coste de nuestras opciones y valorar cuáles estamos dispuestos a pagar y cuáles no, por mucho que nos lancen a la intemperie o nos sitúen en posiciones incómodas.

Hay situaciones que llegan a ser intolerables, y no se puede tragar y tragar; es preciso poner límites. Puede doler, pero no hay más remedio.

Romper expectativas ajenas, decir aquello que no se debe callar o pensar por nosotros

mismos, por ejemplo, son acciones que entrañan riesgos, pues puede pasar que algunos dejen de mirarnos como nos miraban, puede ser que “los nuestros” dejen de percibirnos no tan “de los nuestros” y empiecen los comentarios por la espalda. Esto, que sobre el papel no parece tan complicado, se lleva bastante peor en el día a día, porque, por mucho que nos sintamos libres e independientes, a todos nos gusta que nos quieran, nos valoren y nos acepten aquellos que nos importan.



En Belorado se pasaron de los límites, que todos tenemos en cualquier estado de vida. Cuando una discrepancia termina en la negación de esa comunión, de palabra o de hecho, estamos ante algo de otra naturaleza. Como

muy bien sabemos, a eso se le llama cisma.

Eso ayuda a comprender las medidas canónicas adoptadas posteriormente respecto de las religiosas que mantuvieron aquella posición. Fue el precio a pagar.

¿Es difícil entender que una Iglesia que habla constantemente de misericordia pueda aplicar una sanción como la excomunión? Puede ser difícil, pero la excomunión -como sabemos- no debería entenderse como una venganza ni como una condena definitiva de una persona. No es nada de eso. La misericordia va de la mano con la justicia, si no, ambas son una farsa, y no pueden serlo.

En el lenguaje de la Iglesia, la excomunión se trata de una pena medicinal: busca ayudar a tomar conciencia de la gravedad de una determinada conducta y abrir un camino hacia la reconciliación, a alguien que ya se ha apartado antes de la comunión.

La Iglesia puede decir con claridad que una decisión es equivocada y, al mismo tiempo, seguir esperando a la persona que la ha tomado. La Iglesia puede y debe poner límites y mantener abierta la puerta. Esto no tiene por qué extrañar a nadie, ya que se trata de puro sentido común. Es verdad que lo mejor es dejar que “alguno” haga lo que le da la gana, para evitarse problemas, y no poner límites.

Pero eso no es fomentar la vida cristiana, sino provocar el hartazgo y el cansancio de quienes intentan vivir el Evangelio.

La verdad, la honradez, la misericordia y la justicia pertenecen al corazón mismo del Evangelio, no son cosa del Derecho Canónico.

TRISTE DESAHUCIO

El 20 de marzo de 2026, después de casi tres años de conflicto, el Monasterio de las clarisas de Belorado volvió a quedar bajo la responsabilidad de la Iglesia católica. El desahucio, ordenado judicialmente, se produjo sin tensión y sin el espectáculo que algunos esperaban y deseaban. Las últimas mujeres que permanecían allí abandonaron el Monasterio y se procedió al cambio de cerraduras.

El caso de Belorado deja una herida profunda en la vida de la Iglesia. Lo que comenzó como una discrepancia doctrinal -con otros aditamentos añadidos-, terminó provocando una ruptura de la comunión, división entre religiosas con el mismo carisma y un largo enfrentamiento público y judicial.

De las diez que inicialmente participaron en la separación, varias permanecen actualmente fuera de la comunión con la Iglesia.

Ahora comienza una nueva etapa. ¿Se ha solucionado todo recuperando el edificio? En absoluto. El reto, además de la recuperación de un edificio, consiste también en cuidar la verdad, reparar los daños -muchos, demasiados, y no precisamente materiales- y, en la medida de lo posible, abrir caminos de reconciliación.

La Iglesia está llamada a afrontar situaciones como esta con firmeza cuando sea necesario, pero también con serenidad y respeto.

Belorado puede quedar como una historia de división, pero también puede convertirse en una oportunidad para recordar que la comunión eclesial es un don que hay que cuidar, que las diferencias deben buscar caminos de diálogo y que, incluso después de una ruptura dolorosa, siempre es necesario dejar abierta la puerta a la verdad, al perdón y a la esperanza.

EL CAMINO DE TERESA Y ADRIANA

En este contexto adquiere una importancia especial lo sucedido con Teresa Roca y Adriana Gil, conocidas anteriormente como sor Paz y sor Adriana. Después de un proceso personal de reflexión y discernimiento, ambas reconocieron el error de las decisiones tomadas, se retractaron de las posiciones expresadas en el “Manifiesto Católico” y pidieron perdón público por el daño causado. Este gesto emocionante invita a contemplar su camino con inmenso respeto. Se han equivocado rompiendo la comunión, rectifican y lo hacen públicamente.

Reconocer que uno se ha equivocado nunca es fácil, y mucho menos cuando la decisión ha sido pública y ha comprometido a otras personas. Vivimos en una época en la que parece que debemos defender nuestras decisiones hasta el final, aunque descubramos que nos hemos equivocado. La necedad campa a su anchas. Creo que el hecho de que Teresa y



Adriana han dicho públicamente “me equivoqué” puede ser un auténtico acto de humildad y de libertad.

La reconciliación de Teresa Roca y Adriana Gil con la Iglesia muestra precisamente que el error no tiene por qué convertirse en la última palabra de una vida.

El 18 de febrero de 2026, Miércoles de Ceniza, Mons. Mario Iceta levantó oficialmente la excomunión que pesaba sobre ellas. De este modo pudieron recuperar plenamente la comunión con la Iglesia. El gesto del arzobispo tuvo además un profundo significado pastoral: recibirlas con alegría y afecto fraterno.

No se trata de fingir que nada ocurrió. No hay que olvidar nada, porque la cicatriz queda. Se

trata de reconocer que alguien ha dado un paso hacia la verdad y hacia la reconciliación. Y cuando alguien vuelve honradamente, la Iglesia está llamada a alegrarse.

UNA IGLESIA QUE SABE ESPERAR

Quizá aquí encontremos una de las enseñanzas más hermosas de todo este episodio. La Iglesia ha puesto límites a la ruptura de la comunión, La Iglesia no puede obligar a nadie a convertirse y volver a la comunión. No puede entrar en la conciencia de una persona y decidir por ella. Pero sí puede esperar. Puede rezar. Puede dejar una puerta abierta. Puede decir: “Cuando quieras volver, aquí estamos”. Las condiciones existen, pero la mano está tendida, de corazón.

Esta actitud resulta especialmente importante pensando en las demás mujeres que participaron en aquella ruptura. Cada una tiene su propia historia y su propia responsabilidad. No corresponde juzgar desde fuera lo que sucede en la conciencia de cada una.

Pero sí podemos desear que, si alguna de ellas llega a reconocer que el camino emprendido no ha sido el adecuado, encuentre también un camino de regreso.

La misericordia no significa ignorar lo ocurrido. Significa creer que una persona puede cambiar; dejarle mostrar ese cambio mediante el reconocimiento público del mal causado públicamente, y ayudándole a vivir de manera renovada.

LO QUE BELORADO NOS OBLIGA A MIRAR

Sería demasiado sencillo explicar todo lo sucedido únicamente por las decisiones de unas personas concretas.

El caso de Belorado nos obliga también a mirar nuestras propias comunidades. ¿Cómo se ejerce la autoridad? ¿Se sabe lo que es la autoridad? ¿Existe verdadera libertad para expresar opiniones, dudas y desacuerdos? ¿Las personas que viven una vocación religiosa reciben suficiente acompañamiento? ¿Hay mecanismos para detectar posibles abusos de

poder o de conciencia, que pueden llegar a ser perversos?

¿Qué pasa con el que lleva años haciendo lo que le da la gana, y “no pasa nada”? ¿Qué ocurre con quien hace alarde de comunión y se burla de la misma, aprovechándose de lo que no vive? Son preguntas incómodas, pero necesarias. Aquí quedan expuestas, aunque alguien frunza el ceño.

La autoridad, en clave evangélica, solamente tiene sentido cuando se ejerce como servicio real, no de palabra. Ningún religioso, a quien le han encomendado el servicio de la autoridad, ningún sacerdote, obispo o responsable de comunidad debería convertirse en una persona intocable cuya palabra no pueda ser contrastada, y protector de intocables. ¡Hay demasiado miedo!

Palabras ridículas como “Se hace así porque yo soy el ...”, suenan a comedia trasnochada. La autoridad debe ser como la del Maestro Jesús: una autoridad basada en la coherencia de quien la ejerce. Coherencia y Evangelio: lo demás no, por favor. Y la coherencia -humana y evangélica- se ve con los ojos, no se supone. La coherencia que no se ve, no es coherencia.

También hay que prestar atención a determinadas formas de espiritualidad excesivamente centradas en la emoción, el entusiasmo inmediato o la fascinación por determinados líderes. Hoy abundan estas “espiritualidades”.

La fe toca el corazón, ciertamente. Pero no puede reducirse a una sucesión de experiencias intensas. El discernimiento cristiano necesita también formación, paciencia, libertad, oración y contraste con la comunidad. No todo lo que emociona viene de Dios. Y no toda persona que habla con enorme seguridad posee la verdad.



EL RUIDO DE LAS REDES SOCIALES

Belorado también nos enseña algo sobre nuestra manera de informarnos. Durante aquellos primeros meses de la crisis de Belorado se difundieron innumerables opiniones, vídeos y declaraciones. Algunas personas hablaron como si conocieran todos los detalles del caso; otras presentaron interpretaciones muy radicales de la situación de la Iglesia. Los de siempre, se burlaron. Se dijo barbaridad y media, siempre sin argumentos, claro.

Por otro lado, en determinados ambientes circulan discursos que ponen constantemente bajo sospecha al Papa -primero Francisco, luego León XIV-, al Concilio Vaticano II o a la Iglesia actual. Como sabemos, algunos llegan incluso a sostener que el último Papa legítimo habría sido Pío XII: son los sedevacantistas, a los que se unieron las clarisas en cuestión. Los lefebvrianos, dicho sea de paso, no son sedevacantistas oficialmente, porque reconocen al Papa, pero, de hecho, sí lo son.

La fe católica no puede construirse a partir de vídeos virales, mensajes alarmistas o teorías de conspiración. Tampoco puede vivirse como si la Iglesia fuera una sociedad dividida en partidos políticos: unos buenos -los de los míos- y otros malos -los de tal "color" o con tales nombres-. La tradición cristiana es algo mucho más grande que nuestras preferencias personales.

Muchas personas dentro de la iglesia católica están siendo víctimas de "una gran desinformación interesada" que se basa en "teorías conspiranoicas de lo más irracional".

¿PODEMOS HABLAR DE SECTA EN BELORADO?

Luis Santamaría afirma que "por desgracia, tenemos que hablar de comportamientos

sectarios o derivas sectarias en el seno de la Iglesia", llegando "a extremos que han pervertido la aspiración a la radicalidad evangélica, deformándola hasta lograr un radicalismo inhumano y deshumanizador, fuertemente dañino para las víctimas". "Queriendo entregarse a Dios, acaban convertidos en esclavos de gurús revestidos de una falsa piedad", subraya.

El "fenómeno Belorado" tiene en parte rasgos sectarios. Es verdad que en los primeros días parecía una comunidad contemplativa captada y engañada por un falso obispo y su pequeña secta, aprovechándose de un cierto desencanto con la evolución reciente de la Iglesia, pero las cosas fueron cambiando.



Con el paso de las semanas, los rasgos sectarios se iban acentuando, todo capitaneado por sor Isabel de la Trinidad, la antigua abadesa.

Esta mujer -a juicio del experto- ha ejercido el abuso de poder y de conciencia sobre sus propias

hermanas, arrastrándolas en un delirio sedevacantista a todas luces irracional. Lo que hizo después con sus hermanas mayores, utilizándolas como parapeto en su lucha contra todos, es decir, la justicia, el comisario pontificio y contra los periodistas..., no hace más que confirmar una actitud sectaria dañina, tanto para ellas como para el resto.

"Esta mujer fue llevando a un grupo de la comunidad a romper con la Iglesia, lo que hizo que una comunidad de clarisas con una clara deriva sectaria se convirtiera en una secta, sin posibilidades de que la Iglesia pudiera hacer nada, porque ellas mismas se erigieron en grupo independiente.

Ese grupo quiso perpetuar el engaño, haciéndose pasar por lo que no eran desde la excomunión, o sea, monjas. Y que, curiosamente, dijeron en su momento que no obedecerían más Derecho Canónico que el de la Iglesia verdadera -según ellas, la anterior al Vaticano II-, el Código de 1917.

¿Qué diría este ordenamiento jurídico de que unas clarisas de estricta clausura abrieran un restaurante en Asturias? Me temo que su huida hacia adelante tiene muchas más contradicciones, y más graves, que esta tan concreta que señalo”, manifiesta Santamaría.

UNA HERIDA QUE NECESITA TIEMPO

La historia de Belorado deja muchas heridas. En primer lugar, en las propias personas implicadas. Pero también en otras comunidades de clarisas de la Federación de Nuestra Señora de Arantzazu, en los pastores, en numerosos cristianos y en quienes contemplaron con desconcierto cómo una comunidad contemplativa quedaba envuelta en una situación de estas dimensiones.

Además, resulta doloroso pensar en la larga historia de presencia de las clarisas en Belorado. Desde el siglo XIV, aquellas religiosas habían hecho del Monasterio un lugar de oración y de vida fraterna. Que aquella presencia llegue a su final constituye una pérdida importante. Pero incluso ante esta realidad no deberíamos caer en la desesperanza.

La Iglesia está llamada a aprender de sus heridas. Debe revisar aquello que necesite ser revisado, cuidar mejor a las personas y fortalecer los espacios de acompañamiento, formación y prevención de abusos.

¿Y AHORA QUÉ?

Tal vez lo más cristiano que podemos hacer sea no añadir más ruido, o sea, descalificaciones, burlas, ofensas que dejan huella... No necesitamos nada de eso.

No necesitamos convertir Belorado en una batalla entre vencedores y vencidos. Necesitamos honradez -y menos máscaras-, verdad, oración y misericordia.

La historia de Teresa Roca y Adriana Gil nos recuerda que siempre puede abrirse un camino nuevo. Su regreso a la comunión no borra lo sucedido -las cicatrices quedan-, pero

demuestra que una historia dolorosa puede comenzar a escribirse de otra manera.

Ojalá ese camino pueda ser también una invitación para las demás compañeras de Teresa y Adriana, que permanecen alejadas. Si algún día desean regresar sinceramente, sería hermoso que encontraran una Iglesia preparada para recibirlos con verdad y con cariño. Porque la misericordia de Dios no se cansa de esperar. Y la Iglesia, si quiere ser fiel al Evangelio, tampoco puede cansarse de esperar.

Belorado deja una herida, sí. Pero también nos deja una oportunidad: aprender a vivir una fe más madura, comunidades con más comunión real -no solo de nombre-, comunidades más sanas, autoridades más serviciales y coherentes y una Iglesia capaz de decir al mismo tiempo dos cosas que nunca deberían separarse: “Esto no está bien, porque hay límites, y tú te has pasado de la raya, y mucho” y “Cuando quieras volver, asumiendo las condiciones, y aquí tienes la puerta abierta”.

Ese quizá sea el verdadero camino de regreso. Y, mientras tanto, queda algo que todos podemos hacer: rezar. Rezar por quienes sufrieron, por quienes tuvieron que tomar decisio-

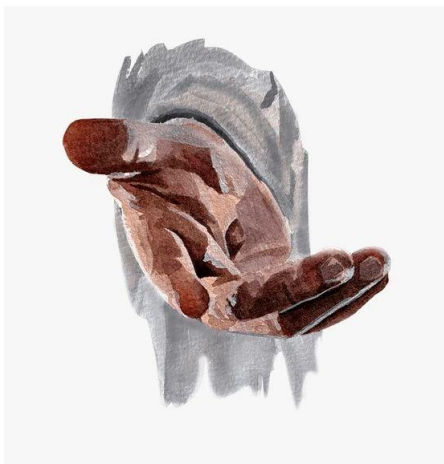
nes difíciles, por las comunidades afectadas y, especialmente, por todas las personas implicadas.

Porque en la Iglesia de Jesús, el Cristo, mientras exista un corazón dispuesto a volver, la historia nunca está completamente cerrada, para nadie.

Que esta historia nos ayude también a revisar nuestro propio corazón, antes de pasar el scanner

al otro. Antes de señalar al otro, preguntémonos si sabemos escuchar. Antes de condenar, preguntémonos si sabemos acompañar. Antes de cerrar una puerta, preguntémonos si hemos dejado abierta la posibilidad del encuentro.

Porque, al final, la vida cristiana no consiste únicamente en defender ideas o posiciones. Consiste en seguir a Jesucristo, que nos enseña a caminar en la verdad, pero también a hacerlo con caridad.



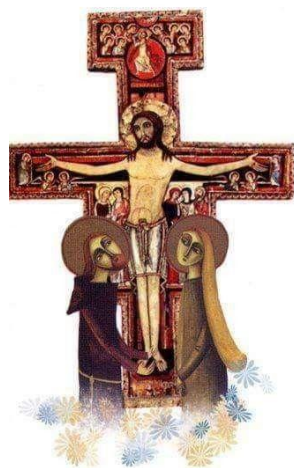
Y cuando una historia humana llega a uno de sus momentos más oscuros, quizá lo más cristiano que podamos hacer sea mantener encendida una pequeña luz: la luz de la oración, de la esperanza y de la misericordia.

NADIE ESTÁ LIBRE DE LAS SECTAS

Y, como conclusión, recordemos que todos somos vulnerables a la acción de las sectas, sean religiosas o políticas. Mayores y jóvenes, mujeres y hombres, doctores y analfabetos, maduros e inmaduros, creyentes y ateos. Todos.

Con mis alumnos de 5° de secundaria, intento reflexionar sobre esto y trato de hacérselo ver. Les insisto en que conozcan bien sus flancos más débiles -que son tanto los defectos como las virtudes-, que cuiden sus relaciones, que no descuiden su formación y que cultiven su espiritualidad. Si unas monjas de clausura, a quienes se les supone, además del valor, una vida interior rica y una experiencia de fe probada, han caído... ¡qué no podrá ser de nosotros!

Nadie está libre. Cualquiera puede ser captado, manipulado, enganchado por sectarios -aunque sea ideológicamente-, y más hoy, a través de las redes... Todos tenemos necesidades, anhelos, heridas... y algunos saben aprovechar muy bien para engañarnos.



Por otro lado, somos conscientes que el grupo humano al que pertenecemos, por diversos motivos, puede arrastrar hacia posturas que no deseamos, y, en ocasiones, da miedo plantar cara, pero hay que hacerlo.

¡Ojo! Para ir terminando. Aunque no escribamos o firmemos un “Manifiesto” de decenas de páginas diciendo sandeces, hay elementos de fondo en los que ninguno de nosotros somos tan distintos de esas exclarisas de Belorado y, quizá, descubriremos en eso que nos une nos permitiría valorar los hechos y rebatir las afirmaciones, pero sabiendo que no somos mejores. Al fin y al cabo, ¿cuántos de nosotros podríamos sostener la pregunta de Jesús y tirar la piedra por sentirnos “libres de pecado”? (Jn 8,7).

Que Dios acompañe a cada una de estas mujeres en el camino que ahora les toca recorrer. Que sane las heridas, ilumine las decisiones, dé serenidad a quienes han sufrido y conceda a todos la gracia de buscar nuevamente la verdad, la reconciliación y la paz.

Me gustaría dejar en el aire un deseo. Ojalá que el cartel de “Paz y bien”, con el que antes se recibía en el Monasterio de Belorado a la gente, vuelva a ocupar el que pusieron después: “Prohibido el paso”.

Mientras tanto, con Francisco y Clara, me atrevo a decir desde el corazón, a quien lea estas páginas: “Paz y bien”.

Lima 24 de agosto 2026